

Otro ángulo

Quizá el peor terremoto que haya desatado Trump para México no resida en sus ataques e insultos, sino en haber reabierto el dilema -ya histórico- sobre el desarrollo mexicano. Por segunda vez en cuatro décadas, la dirección de la economía mexicana -y del país en su conjunto- parece estar en disputa. Lo extraño es que, en esta ocasión, el embate no proviene, principalmente, de México, sino del “ancla” de certidumbre en que, desde los ochenta, se había convertido Estados Unidos.

El TLC -NAFTA por sus siglas en inglés- fue la culminación de un proceso de cambio que comenzó en un debate dentro del gobierno en la segunda mitad de los sesenta y que, en los setenta, llevó al país al borde de la quiebra. La disyuntiva era si abrir la economía o mantenerla protegida, acercarnos a Estados Unidos o mantenernos distantes, privilegiar al consumidor o al productor, más gobierno o menos gobierno en la toma de decisiones individuales y empresariales. Es decir, se debatía y disputaba la forma en que los mexicanos ha-

bríamos de conducirnos para lograr el desarrollo. En los setenta, la decisión fue más gobierno, más gasto y más cerrazón, y el resultado fueron las crisis financieras de 1976 y 1982. Se estiró la liga al máximo, hasta que la realidad nos alcanzó.

A mediados de los ochenta, en un entorno de casi hiperinflación, se decidió estabilizar la economía y comenzar un sinuoso proceso de liberalización económica: se privatizaron cientos de empresas, se racionalizó el gasto público, se renegoció la deuda externa y se liberalizaron las importaciones. El cambio de señales fue radical y, sin embargo, el ansiado crecimiento de la inversión privada no se materializó. Se esperaba que el cambio de estrategia económica atraería nueva inversión productiva susceptible de elevar la tasa de crecimiento de la economía y, con eso, del empleo y del ingreso.

El TLC acabó siendo el instrumento que desató la inversión privada y, con ello, la revolución industrial y, sobre todo, de las exportaciones. Aunque hay muchas críticas, algunas absolutamente legítimas, a las insu-

El TLC -NAFTA por sus siglas en inglés- fue la culminación de un proceso de cambio que comenzó en un debate dentro del gobierno en la segunda mitad de los sesenta y que, en los setenta, llevó al país al borde de la quiebra. La disyuntiva era si abrir la economía o mantenerla protegida, acercarnos a Estados Unidos o mantenernos distantes, privilegiar al consumidor o al productor, más gobierno o menos gobierno en la toma de decisiones individuales y empresariales.

ficiencias de esta estrategia, el país se convirtió en una potencia exportadora que ya no enfrenta restricciones en la balanza de pagos como las que, por décadas, fueron fuente de crisis. Pero el TLC fue mucho más que un acuerdo comercial y de inversión: fue una ventana de esperanza y oportunidad.

Para el mexicano común y corriente, el TLC se convirtió en la posibilidad de construir un país moderno, una sociedad fundamentada en el Estado de derecho y, sobre todo, en un boleto a la posibilidad del desarrollo. Quizá esto explique la extraña combi-

nación de percepciones respecto a Trump: por un lado, un desprecio a la persona, pero no un antiamericanismo ramplón entre la población en general; y, por el otro, una terrible desazón: como si el sueño del desarrollo estuviese en la picota. Esto se acentúa todavía más por el hecho que, en todos estos años, la economía no ha logrado tasas elevadas de crecimiento ni un sensible aumento en el producto per cápita.

En términos “técnicos”, el TLC ha cumplido ampliamente su cometido: ha facilitado el crecimiento de la inversión productiva, gene-

rando un nuevo sector industrial -y una imponente potencia exportadora- y conferido certidumbre a los inversionistas respecto a las “reglas del juego”. Indirectamente, también creó esa sensación de claridad respecto al futuro, incluso para quienes no participan directamente en actividades vinculadas con el TLC. En una palabra, el TLC se convirtió en la puerta de acceso al mundo moderno. El amago que Trump le ha impuesto al TLC entraña una amenaza no sólo a la inversión, sino a la visión del futuro que la mayoría de los mexicanos compartimos.

En su esencia, el TLC fue una forma de limitar la capacidad de abuso de nuestros gobernantes: al imponerles límites a un cambio en las reglas del juego, establecía una base de credibilidad en el modelo de desarrollo. El efecto de esa visión hizo posible la apertura política que siguió que, aunque enclenque, redujo la concentración del poder y cambió la relación de poder entre la ciudadanía y los políticos. Al mismo tiempo, una paradoja del TLC (y de la disponibilidad de empleos en EUA), la existencia

de ese mecanismo permitió a los políticos seguir viviendo en su mundito de privilegios, sin molestarse por llevar a cabo las funciones elementales que les correspondían, como gobernar; crear un sistema educativo moderno y garantizar la seguridad de la población.

Nadie sabe qué ocurrirá con el TLC, pero no hay duda que el golpe ha sido severo. Trump no sólo expuso las vulnerabilidades políticas que nos caracterizan, sino que destruyó la fuente de certeza que entrañaba ese “boleto a la modernidad” inherente al TLC. Aunque acabemos con un TLC modernizado y transformado, el golpe dado ya nadie lo quita. Las percepciones -y, con ello, las esperanzas y certezas- ya no serán las mismas.

No es casualidad que reaparezcan planteamientos de volver a enquistarnos, vernos de los estadounidenses y retrotraer al Estado eficaz (?) de antaño. Quienes eso proponen no entienden que el TLC fue mucho más que un instrumento económico: es, al menos era, la oportunidad de un futuro distinto.

@lrubio

Jesús Cantú

Por Arnoldo Kraus

Obsolescencia institucional

En una muy interesante entrevista publicada en el periódico español El Mundo, en su edición del 21 de diciembre de 2013 (es importante la fecha porque han pasado 2 años y 3 meses y nada ha cambiado), el filósofo francés Michel Serres declaró: “Nuestras instituciones han sido creadas en un mundo que ya no existe. Nuestras políticas también... Pero está claro que el actual sistema fue inventado antes de la revolución tecnológica y se ha quedado anticuado en muchos aspectos. Así que los jóvenes tendrán que reinventarlo todo y crear una democracia nueva y más participativa.”

Esa es la cruda realidad: las instituciones están totalmente rebasadas por la realidad y hay que reinventarlo todo; pero hay una terrible resistencia a aceptarlo y, sobre todo, a iniciar la inevitable transformación. Cuanto antes inicie el proceso será mucho mejor y menos doloroso, pues las expresiones de descontento con lo actual se hacen presentes todos los días y en todos los ámbitos de la vida.

Los considerados sorprendentes resultados en los procesos de votación en Gran Bretaña para decidir la suerte de su pertenencia a la Unión Europea, en la que triunfaron los partidarios de abandonarla; el “no” al acuerdo de paz con las FARC en Colombia; y el triunfo de Donald Trump en la contienda presidencial del vecino país son una manifestación contundente de que cada vez un mayor porcentaje de la población de este planeta se siente excluida de los procesos de toma de decisión.

Esta población se siente ignorada, marginada, excluida y aprovechan la primera oportunidad que tienen para expresar estridentemente su desacuerdo con la clase política tradicional y la institucionalidad vigente. El descontento se extiende por todo el mundo y se hace evidente lo mismo en las democracias emergentes que en las consolidadas; en países con economías desarrolladas (como fue en la primera potencia mundial) como en las que están en vías de desarrollo (Colombia).

El mayor problema que enfrenta la humanidad hoy es que, como señalaba Felipe González en su artículo publicado el domingo 5 de marzo en el diario español El País: “La política como gobierno del espacio público que compartimos está atrapada entre la arrogancia tecnocrática y la osadía de la ignorancia. Entre los “brillan-

Esa es la cruda realidad: las instituciones están totalmente rebasadas por la realidad y hay que reinventarlo todo; pero hay una terrible resistencia a aceptarlo y, sobre todo, a iniciar la inevitable transformación. Cuanto antes inicie el proceso será mucho mejor y menos doloroso, pues las expresiones de descontento con lo actual se hacen presentes todos los días y en todos los ámbitos de la vida.

tes” posgraduados que creen que la complejidad de los problemas sociales se resuelve con algoritmos infalibles de laboratorio; y los necios, los que no saben, pero no saben que no saben y ofrecen respuestas arbitrarias que simplifican y distorsionan la realidad.”

Y ninguno de los dos puede conducir el cambio que los países y el mundo demandan. Ambos, como ha sucedido en los últimos años, venderán la ilusión de que saben qué hacer ante la creciente inconformidad; pero ninguno de los dos es capaz de romper los paradigmas vigentes y promover el diseño de las nuevas instituciones.

Los tecnócratas, que se han apoderado de los gobiernos en los últimos 35 años, porque seguirán apostando a que con su brillante educación suplen su desconocimiento de la realidad social y podrán diseñar las soluciones a los problemas contemporáneos desde sus computadores y laboratorios.

Los “necios”, como los llama el expresidente español, porque piensan que crisis nuevos problemas y crisis son consecuencia de haber abandonado las viejas prácticas y ofrecen diagnósticos simplistas, unicausales y temporáneos que complicarán los asuntos que quieren resolver y harán brotar nuevos temas y dificultades.

Aunque cueste trabajo aceptarlo: el neoliberalismo (que nació en los ochenta en Gran Bretaña, impulsado por la entonces Primera Ministra Margaret Thatcher; y en Estados Unidos, por el entonces presidente Ronald Reagan) ya llegó a su fin; su lógica reducir el estado a su mínima expresión y dejar todas las soluciones al mercado nuevamente (como sucedió hace un siglo con el liberalismo) está totalmente rebasada por las grandes distorsiones que provoca: desigualdad, pobreza, devastación, etc.

Pero lo mismo sucede con la democracia representativa liberal, que hoy resul-

ta insuficiente para una ciudadanía ansiosa de participar en la identificación de los problemas y la búsqueda de soluciones. No basta acudir a las urnas cada 3, 4 ó 6 años para elegir representantes, hoy demandan una participación más intensa y activa, pues lo vertiginoso de la vida actual así lo exige.

La realidad emergente demanda soluciones audaces, incluyentes e innovadoras. Los avances tecnológicos y científicos, al mismo tiempo que generan nuevas y mayores demandas, generan múltiples herramientas para atenderlas. Pero se requieren políticos (estadistas, si se prefiere el término para diferenciarlos de los oportunistas que únicamente quieren aprovechar el momento para ocupar puestos públicos y vivir del presupuesto) sensibles, sin prejuicios y comprometidos con su comunidad, para promover su uso y, a través de ellos, encontrar las nuevas soluciones.

Se requiere crear colectivamente los nuevos paradigmas que permitan diseñar la nueva plataforma para atender las nuevas y crecientes demandas. Los actuales, como señala Serres, “fueron creados para un mundo que ya no existe”. Una de las características distintivas de las nuevas tecnologías de la información y la comunicaciones es que permiten la co-creación colectiva, hay que aprovecharlas al máximo, porque hoy es imposible que una persona o un grupo de personas (por más letrados, inteligentes y competentes que sean) generen las soluciones a los nuevos problemas, sin la participación de los directamente involucrados o impactados; no sólo se requiere el conocimiento tecnológico y científico, también la experiencia, el sentido común y la vivencia del ciudadano común.

Las actuales instituciones ya nada más sirven para evitar que irrumpa la anarquía antes de crear las nuevas que tendrán que sustituirlas. Pero ya no resisten mucho.

Trump: ciencia y salud

Los progresos en ciencia y en salud caminan lento. Incontables mentes brillantes tardan décadas en descubrir fármacos, en diseñar aparatos de biotecnología y en encontrar nuevos exámenes de laboratorio ad hoc en beneficio de la humanidad. Lo mismo sucede con la ética médica: camina lento, muy lento; siempre existirán opiniones antagónicas en temas ingentes como aborto, fertilización in vitro, eutanasia. Al igual que en otros rubros, por no decir todos, Trump tiene su visión particular sobre la salud del mundo, la salud de los estadounidenses y la vigencia de la Bioética (por razones de espacio no escribo sobre su ofensiva contra el Obamacare).

Sabedor de verdades diferentes de las de numerosos científicos, ecologistas, universitarios y eticistas, Trump, ya sea de un plumazo o por inspiración divina, ha empezado a desmantelar las iniciativas y logros conquistadas en los años pasados. La rapidez de sus decisiones y la cuestionable y/o nefasta influencia de sus compinches supera las acciones de otros políticos que pretendían enderezar el mundo y traer el bien a su pueblo. Creo, postulo, que personajes tan siniestros como Hitler, Mussolini o Stalin consultaban más que Donald con sus subordinados antes de decidir.

Así como hace poco, dentro del inusitado vértigo de sus decisiones, el magnate y presidente decidió tildar de enemigos a medios de comunicación probos como CNN, New York Times y Politico, días después acusó sin pruebas a Obama de haber intervenido sus comunicaciones privadas en la campaña: “Qué bajo cayó el presidente Obama al grabar mis teléfonos durante el sagrado proceso electoral. Esto es Nixon/Watergate”. Nada le es ajeno a Trump. Nada.

A pesar de que 2016 fue el año más caliente en la historia, debido entre otros factores al derretimiento del hielo en el Ártico, Trump, negacionista cuasi genético, asegura que el cambio climático es un mito creado por los chinos tal de frenar la competitividad estadounidense en diversos rubros. Las políticas del gobierno de

Sabedor de verdades diferentes de las de numerosos científicos, ecologistas, universitarios y eticistas, Trump, ya sea de un plumazo o por inspiración divina, ha empezado a desmantelar las iniciativas y logros conquistadas en los años pasados. La rapidez de sus decisiones y la cuestionable y/o nefasta influencia de sus compinches supera las acciones de otros políticos que pretendían enderezar el mundo y traer el bien a su pueblo. Creo, postulo, que personajes tan siniestros como Hitler, Mussolini o Stalin consultaban más que Donald con sus subordinados antes de decidir.

Trump amenazan a la Tierra; el respeto al medio ambiente no les incumbe: en contra de la política de su predecesor, Donald rehabilitó los proyectos de construcción de dos polémicos oleoductos —el Keystone XL y Dakota Access— los cuales habían sido frenados debido a posibles daños ambientales. La concepción de los medioambientalistas científicos estadounidenses y de otros países poco o nada importa para Trump y su séquito. El manido y nauseabundo eslogan, “America First”, explica todo.

A las sandeces previas ha sumado su voz a quienes aseguran que las vacunas producen autismo (en eso difiere con los ultras islamistas quienes sostienen que las vacunas creadas en Occidente producen esterilidad); asimismo, es probable que en el futuro recorte el apoyo económico a los Institutos Nacionales de Salud a favor de su perorata acerca de la creación de empleos (también pretende disminuir el apoyo a instituciones dedicadas al arte).

Al lado de las acciones señaladas, dentro de la increíble tormenta desatada por sus acciones, la página <http://bioethics.gov>, alimentada durante los gobiernos previos por eticistas y constructores de políticas de salud, fue eliminada. Deshabilitar esa fuente es congruente con la era Trump. La página ofrecía información sobre temas de Ética médica como los antes señalados y con tópicos cuya relevancia competen cada vez más a la sociedad: clonación, biología molecular, maternidad sub-

rogada, suicidio asistido, etcétera. Bioethics.gov compartía información científica, moderna, laica, indispensable para la edificación de una sociedad moderna.

En su discurso inaugural, al lado del moto “America First”, las alusiones a la Biblia y a Dios marcaron su política, “...estaremos protegidos por Dios”, aseguró Trump. Estas referencias explican por qué fue deshabilitada Bioethics.gov.

Afortunadamente hay y habrá cada vez más rechazo a las actitudes pseudocientíficas de Trump, validadas y encumbradas desde su Biblia tuitera. En Holanda, por ejemplo, una iniciativa reciente ha emprendido una campaña para contrarrestar los efectos de las políticas trumpianas sobre derechos reproductivos. Lilliane Ploumen, ministra holandesa de Comercio Exterior y Desarrollo creó un fondo para apoyar a las miles de entidades afectadas por las políticas antiaborto de Trump. En un par de semanas la campaña recaudó 40 millones de euros.

Supongo y deseo que los estadounidenses bien pensantes, universitarios o no, encuentren caminos para atajar la ciencia trumpiana de los tuits. Su falta de respeto hacia la ciencia, producto de su ignorancia, es demasiado grosera y burda. Supongo y deseo que él mismo se muera la cola.

Notas insomnes. Las sinrazones de Trump y camaradas tienen límites. Los límites son ellos mismos y las razones pertenecen a la ciencia y a la Ética.

(Médico)